

UN RITO, UN RECUERDO

Era diez de enero. Otra vez. Había llegado ineludiblemente. Era esperado, ansiado por Hugo Smith. Un pequeño y gracioso hombre de cincuenta y cuatro años; morocho, con ojos oscuros, sensibles, casi apagados, pero con una chispa en lo profundo que parecía que en cualquier momento se encendería. De nada vale decir cómo era Hugo sino, recordar qué hacía todos los diez de enero.

Para esta fecha, el frío ya apretaba la vida. La nieve golpeaba el vidrio de la gran casa ubicada en un pequeño bosquecillo a las afueras de la ciudad de Northampton, Inglaterra. La soledad le gustaba, era su compañía, su abrigo y confidente

Se levantó a las seis de la mañana como todos los diez de enero (era ya un rito para él); azuzó el fuego de una estufa hogar ubicada en la sala. Hizo sonar una campanita y enseguida, por una de las puertas apareció la mucama con un desayuno austero: una taza de té, un terrón de azúcar y dos galletitas de agua. Sin saludar a la mujer se sentó en el mullido sillón y bebió de un sorbo el té. Se dirigió al baño, se dio una ducha y se vistió con la ropa que se colocaba para esa fecha: una camisa blanca sobre una camiseta abrigada, un suéter color bordó, medias gruesas y botas, que parecían recién lustradas. Llegó a la sala, tomó el teléfono y llamó al remis, que siempre lo pasaba a buscar.

Él prefería no manejar, quería estar relajado, ir tranquilo, pensar en aquel encuentro que le iluminaba la vida, que lo sacaba de lo cotidiano, que pintaba todo lo gris de rojo, azul y hasta de verde.

Al primer bocinazo salió a la vereda, no sin antes colocarse aquel perfume que usaba ese día y su abrigo color mostaza. Subió al auto, saludó con una sonrisa al conductor y este respondió haciendo un guiño: ¿al mismo lugar de costumbre?

Hugo asintió con la cabeza y comenzó a reírse por dentro, como se ríe un niño cuando hace una travesura o se enamora por primera vez. Después de cuarenta y cinco minutos de viaje llegaron a una pequeña y modesta casa de piedras y madera. Hugo le recordó que volviera a buscarlo a las five o'clock, cosa que él recordaba perfectamente. Comenzó a caminar por un largo sendero cubierto de nieve hasta que abrió la puerta con una pequeña llave que sacó de su bolsillo. La sala estaba iluminada, lo que lo dejó más tranquilo. Al sentir el ruido, una mujer apareció en la escena. Una mujer moderna, segura y feliz. El encuentro fue mágico. Se confundieron en un silencioso abrazo, seguido por un profundo beso, que duró todo el año de ausencia que habían soportado. Después de hacer el amor apasionadamente, dulce y suave, como quien disfruta de un caramelo, de una velada en la ópera o de un día de lluvia, comenzaron a hablar sobre lo que les había pasado en ese año: familia, navidad, cumpleaños, trabajo... querían sintetizar todo en un segundo. Ella hablaba sin cesar, contando sobre sus hijos, y Hugo la contemplaba y acariciaba con la mirada en cada uno de sus comentarios. Sheila Thompson, la amante furtiva, también habló de su esposo, dijo con lágrimas en los ojos que jamás podría abandonarlo. Pero a él no le importaba, se conformaba con tenerla para sí un día al año, disfrutar de su perfume, de su mirada y de su cuerpo. La amaba tanto. Unas horas eran suficientes para alimentar ese amor que debía durar un año, un largo año.

Hugo era viudo, con tres hijos casi adultos, pero de los cuales siempre estaba pendiente y si bien no tenía impedimentos para este romance, respetaba y aceptaba las reglas de esa relación, oculta a los ojos del mundo.

Las horas pasaron muy rápido, como siempre ocurría. A la hora acordada se escuchó la bocina del remis. Tomó su abrigo, besó a Sheila desesperadamente, como queriendo retener en la memoria su olor, su piel y todo su ser. Con la mano secó una lágrima que rodó atrevida por la mejilla y sin mirar hacia atrás, cerró la puerta. Era tan amargo el regreso. Pero lo alentaba la esperanza del año próximo.

Volvió a su casa y siguió su vida cotidiana. Rutina pura.

El frío pasó sin novedades como la vida de Hugo. Y en julio, el cinco de julio, Hugo se levantó con la sensación de haber dormido mucho más que sus seis horas acostumbradas; miró por la ventana del cuarto: el parque se veía resplandeciente de sol, verde y pájaros. Bajó a la sala. Tomó el diario y lo hojeó al pasar. Pero un titular lo sorprendió: "extraño accidente", decía. "Sheila Thompson", decía. "Dudas", decía. "Muerte", decía. Tragó dificultosamente, el corazón se le aceleró, el aire no llegaba a sus pulmones. ¿Qué decía el diario? No lograba entender. Pidió que le leyeran la noticia completa, él no podía. Mientras escuchaba aturdido, sus piernas se aflojaron, su pulso se perdió. Imágenes variadas pasaron como un documental: besos, caricias, sonrisas, colores, sabores...

Todo se había terminado así, quedando lejos, paralizado, raro. ¿Habría existido realmente?...

En el próximo diez de enero, no sonó el despertador a las seis, no hubo desayuno austero, no sacó la ropa de su armario ni el abrigo. Olió el perfume, que se mantenía herméticamente cerrado. La sala permanecía caliente. Bajó, se sentó en su mullido sillón, tomó el diario y allí quedó con la mirada perdida en la distancia, solo, con esa soledad que él ya conocía: compañera y confidente.